

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Rev. Huellas Uninorte, Barranquilla (Colombia),
No. 9 pp. 1-48, Junio 1983. ISSN 0120-2537.

EL CHICOTE Y EL ÚLTIMO DE LOS KANKUAMOS MUEREN EN ATÁNQUEZ

(A Poncho Gutiérrez)
Alvaro Cuello Blanchard

Camino arriba de la Sierra Nevada, en el corazón de las estribaciones, se encuentra un pueblito cuyo único horizonte son los cerros verdes y oscuros que lo circundan y que sólo dejan ver, más allá, contra el cielo, los picos nevados de la cordillera. Es Atánquez un puñado de casas de bahareque y paja, fresco y quebrado, de callecitas empedradas y confusas, que en enero se va haciendo más hermoso a medida que declina el día. Allá, lentamente, llega el atardecer del sol de los venados y después la noche con su luna, grande y roja, que se levanta de los cerritos llenándolo todo, poco a poco, de penumbras.

En ese pueblo, donde la vida transcurre tardía, hace muchos años están a la espera de la muerte el último de los kankuamos, que es en realidad una mujer mestiza cuya edad es poco menos de un siglo, y los vestigios del chicote, música y danza de esa tribu remota en trance de desaparecer sin dejar rastros. Cuando les llegue el día, que se vislumbra cercano, entonces quedarán, como único testimonio del paso de los kankuamos por el mundo, unas pocas voces sueltas y sugestivas como Atánquez que hacen pensar en una hermosa lengua perdida para el entendimiento de los hombres y la significación de las cosas.

La mujer se llama Martina y ha vivido entre el tormento y el amor, que pudo más: no quería tener descendientes para evitarles la pesadumbre del desarraigo, en un mundo donde no tuvo quien le legara las costumbres ni la lengua de sus antepasados. Ni siquiera su nombre es kankuamo y por eso con su muerte concluirán el peregrinaje y el exterminio implacable a que fue sometida esa tribu de hombres mansos desde hace casi cinco siglos cuando llegaron los hombres de barbas y vestidos de hierro a quienes, aparte de la barbarie de la conquista, hay que imputarles otra desventura: el haber tornado en incertidumbre la creencia más hermosa de los indígenas que hace milenios viven en el oriente de la sierra. Los aruhacos, los kogis, los malayos y los kankuamos, que no conocían gente distinta a la de sus cuatro tribus y que nunca habían rebasado los límites de las estribaciones, creían que el mundo era una inmensa casa de todos sostenida por ellos en sus cuatro esquinas. Desde que faltan los kankuamos vive la zozobra en el corazón de sus hermanos y por eso, en los días propicios para ofrendar a sus dioses, los aruhacos desde San Sebastián de Rábago, los malayos desde Cherúa y los kogis desde Maruamake se trasladan a lo profundo de la sierra, a algún lugar todavía sin profanar, y allí oran por los desaparecidos y para que esa inmensa casa, que es el mundo, no se caiga. Desde

Atánquez, que fue el último refugio de los kankuamos, nadie va. Pero sus vecinos, unidos a ellos por un lejano mestizaje, no dejan de sobrecogerse ante el misterio de esos ritos que saben por qué los hacen y sin querer piensan desolados en Martina.

En el páramo de Suribaka, después de un caserío de nombre Tusimake, crece silvestre una planta gramínea, el carrizo, cuyo tallo se utiliza para hacer el instrumento musical del mismo nombre. Este es una caña hueca de un orificio, si es macho, o de cinco, si es hembra, que remata en uno de los extremos en una cabeza de ave, moldeada en cera de abeja, la cual lleva insertada en la parte superior a manera de boquilla para impeler el aire, la fracción más gruesa del cañón de las plumas de las alas de los pavos. Con una maraca y esos dos instrumentos elementales, se toca el chicote o lo que queda de él: una música triste, infinitamente triste como si fuera un llanto o un lamento cantado, de pocos acordes que a medida que se oyen van penetrando ese dolor callado que encierran sin dejar que nadie se sustraiga. El carrizo hembra, grávido y fecundo como ellas, engendra la melodía fascinadora y el macho y la maraca tocados por un mismo intérprete marcan el compás con sonidos rígidos y cortados, semejantes a pulsaciones que entre veces se prolongan.

Aunque nadie sabe de dónde deriva su nombre debe ser verdad que los orígenes del chicote se remontan a la música elemental y primitiva con la que los kankuamos oficiaban sus ceremonias. Porque Atánquez es el único pueblo donde se canta y se baila, y no en vano los hombres a los que se atribuye su creación, fueron los primeros de esta tierra que vieron a sus hijos morir de nostalgia por el sometimiento y a los invasores imponerles sus costumbres por la fuerza de las armas. Sólo la música habría de permanecer incólume y a ella se aferraron los kankuamos para dar rienda suelta a su tristeza de cautivos. Y la transmitieron de tal manera al chicote que no sólo terminó siendo una de sus características esenciales sino que por eso es desde entonces el portador de una venganza involuntaria y eterna: nadie que haya aprendido a tocarlo o que lo haya escuchado ha podido jamás eludir su honda tristeza de siglos y así desaparecerá, al margen de todas las alegrías, porque los padres de los hombres que lo heredaron, antes, volvieron tristes a sus creadores. Los descendientes del mestizaje recibieron la musiquita, dejaron que calara de a poco en sus corazones, y se quedó definitivamente en sus vidas. Primero los

hombres, en las noches furtivas que pasan por Atánquez, la hicieron compañera inseparable de parrandas y serenatas de amores secretos. El chicote que hasta entonces había sido puramente instrumental, un poco imitación de la naturaleza inmediata se enriqueció con nuevos elementos: la vocalización y la composición en versos rimados, necesarios para incorporar a sus sonos otras vivencias cotidianas, sobre todo el amor, que se hicieron más bellas con el canto. Después, todo Atánquez lo hizo suyo; hace tanto, que ni los viejos recuerdan los tiempos en que fue acogido para conmemorar la más sagrada de las costumbres que la beatitud española le dejó a nuestros pueblos: las fiestas patronales. A San Isidro, que por ser además patrono de los labradores le hicieron un hermoso paseo vallenato, todos los años en su día se le interpretan en la iglesia, con carácter exclusivo, dos sonos: el que lleva su mismo nombre y El Aguacero. Luego, hombres y mujeres entonando estribillos, intercalados y agarrados de las manos, bailan la ronda del chicote en la plaza, tal vez, porque en lo más recóndito les queda todavía algún recuerdo errante de los rituales kankuamos.

Los sonos del chicote, de tonalidades extremadamente altas, casi desgarradoras, son unas pocas melodías que tienen en común, aparte de su tristeza insondable, un don, el de haberse sobrepuesto hasta ahora, al olvido, y un mismo destino, el de estar condenadas a desaparecer. En efecto, la más reciente, el son del ayayay, cuyo nombre es todo un presagio, tiene cinco decenios de estar detenida en la memoria de los mayores: fue compuesta en 1930 por el viejo Bernabé Arias. Y el son del anchiyama, que se cree es la más antigua, se remonta a los mismísimos kankuamos y su nombre es otra voz suelta, de ese dialecto que se extinguirá con el enigma de su mensaje. Acaso por eso sea sacrílego llamar son a esa melodía sin canto que para ellos debió tener una significación vital, sin duda muy distinta. Pero ¿por qué, entonces, ha de desaparecer el chicote? Hay una razón inconcebible y fatal: los dos o tres intérpretes que quedan son todos octogenarios y al mejor de ellos, al viejo Berna que es un virtuoso del carrizo, la última vez tuvieron que llevarlo cargado a la iglesia para que le tocara sus sonos a San Isidro y animara la ronda: un ataque de trombosis y la artritis no lo dejaron levantarse de la hamaca en la que vive postrado.

Por eso, antes que las tinieblas de la muerte se descuelguen de los cerros en busca de Martina y el chicote: Requiescat in Pace.